

CUARTA PARTE

I

LA CALLE DE SAN ANTONIO

El día, que empezaba á clarear, alumbraba la famosa y pintoresca calle de San Antonio, compuesta de magnificas casas señoriales. Por todas partes, á lo largo del trazado ligeramente tortuoso de la calle, veíanse sobresalir elevados y elegantes pabellones cubiertos de bruñidas pizarras. De las innumerables torres de granito, hallábanse suspendidos artísticamente balcones de mil formas caprichosas, que dominaban la calle desde la Vieja del Temple hasta las murallas de la Bastilla. Alzabase por su orden, primero el antiguo palacio de Craon, ostentando orgullosamente su escudo en el ángulo de las dos calles, y luego el palacio del rey de Sicilia, según le llaman los antiguos cronistas; el convento de Santa Catalina, situado enfrente del pequeño palacio Dunois; la capilla de San Pablo, con el palacio del mismo nombre, que era por cierto grande como una ciudad; el palacio del Parlamento ó de las Tournelles, no menos dilatado que el anterior; el palacio de Etampes, célebre por su ele-

gancia y buen gusto; el llamado de la Reina, y, finalmente, el gran palacio de Bretaña.

Todos esos edificios tenían anexos jardines de colosales dimensiones, y por encima de los caprichosos tejados, que parecían desafiar la imaginación más exaltadamente fantástica, destacábanse de vez en cuando las elevadas y frondosas ramas de mil árboles gigantescos.

La parte de la calle de San Antonio que se dirigía á la casa Consistorial ó de la Villa, hallábase aquella mañana desierta y silenciosa; todo el mundo dormía aún en aquellas casas retiradas que asomaban á la vía pública sólo por un costado, y el resto de cuyas fachadas se escondía tras de elevados y macizos muros.

En la parte alta de la calle observábase, por el contrario, cierto movimiento entre el palacio de San Pablo, habitado por la regente Ana, y el palacio del Parlamento, residencia del joven rey Carlos.

La gran puerta de este último palacio estaba abierta de par en par. En el patio de honor, merced á los reflejos de las antorchas, que palidecían ya á los primeros rayos del sol naciente, podía verse gran número de caballos completamente enjaezados, muchos palafreneros dispuestos á escoltar á las damas y también una espléndida litera, en mitad de la cual brillaba el escudo de Bretaña.

Por todos lados hormigueaban innumerables hombres de armas y lacayos, que se llamaban los unos á los otros desde los ángulos, puertas y ventanas del patio, y que platicaban alegremente como si hubiera sido aquélla la aurora de un día de gran fiesta.

De improviso ilumináronse todas las ventanas: era indudable que acababa de llegar á palacio un personaje de alta significación.

A la otra parte de la calle, el palacio de San Pa-

blo se alzaba lóbrego y sombrío; sus puertas y ventanas aparecían cerradas herméticamente y ni una sola luz brillaba detrás de sus vidrieras.

El fúnebre aspecto que ofrecía el palacio de San Pablo, comparado con la llamativa y brillante animación que reinaba en el palacio del Parlamento, parecía un símbolo fácil de adivinar: Ana de Beaujeu era en verdad el sol en el ocaso, y el astro del joven rey empezaba á brillar luminoso en lo alto del firmamento.

No era, sin embargo, el patio de honor del palacio del Parlamento el único que se hallaba atestado de pajes, lacayos y hombres de armas, pues los jardines que se extendían hasta el cercado de Santa Catalina veíanse también transformados en un verdadero campamento. La sala de los Escoceses, construida por Luis XI, la sala de Brique, la sala embaldosada y aquella célebre é interminable galería que conducía á la cámara real, hallábanse cuajadas de caballeros armados. Bajo aquellas ilustres bóvedas, se comía y se bebía con el mayor desembarazo lo mismo que en una taberna.

Tratábase, al parecer, de dar un golpe de Estado, y los golpes de Estado no se ejecutan jamás, según se dice, sin comer y beber mucho.

En la parte del palacio contigua á los aposentos del rey, había un gran salón á cuyas puertas cesaban todas las voces y todo el ruido de las demás dependencias. Diez escoceses armados en guerra daban el servicio en esta estancia, á continuación de la cual seguía una corta galería, bajo cuyas bóvedas estaban de facción dos caballeros con la espada desnuda y la visera caída.

En la extremidad oriental de esta galería, cuyas ventanas miraban á la Bastilla, desplegábase un anchuroso cortinaje azul con flores de lis ricamente bordadas, y más allá veíase una puerta dorada y

llena de esculturas. El que abría esta puerta se encontraba en el gabinete del rey.

A la hora de la madrugada en que nosotros descorremos el magnífico cortinaje con los emblemas de la casa de Francia, hacía ya mucho tiempo que el joven rey Carlos había abandonado el lecho; más aún: no sería inverosímil suponer que en toda la noche no llegó á acostarse. Manteníase en pie junto á una ventana, y los fulgores del sol naciente, luchando contra el brillo de las lámparas, acababan de teñir la frente del hijo de Luis XI de una palidez insana y cadavérica. No lejos de él y en una especie de trono de que ordinariamente solía servirse, sentábase una joven cuya hermosura, unida á una apariencia de energía y robustez y á la viril firmeza de su mirada, formaba un raro contraste con la debilidad física y moral de aquel pobre niño que era nada menos que el rey de Francia.

Llamábase la princesa Ana de Bretaña y llegaba á París para ser reina.

Carlos VIII la contemplaba con cándida admiración; desde el primer momento reconoció en ella á su dueño. La joven duquesa Ana había lanzado una curiosa mirada sobre su real prometido, y su disgusto si es que lo experimentó, al ver á su futuro esposo, supo ocultarlo bajo una apariencia de frialdad, pues era mujer discreta y de mucho talento.

Pero su mirada, que no iba ya en busca del rey Carlos, fijóse luego en un señor de bella estatura y distinguido porte, que se apoyaba en una ventana, detrás del rey. Este magnate había llegado ya á la edad viril, y su fisonomía era bondadosa, amable y atrevida; la parte superior de su cabeza, algo calva, hacía que se le ensanchara su noble frente, y á pesar de que su robustez y corpulencia había favorecido en demasía el desarrollo de sus caderas, hay

que convenir en que llevaba con dignidad su armadura.

Este señor llamábase Luis, duque de Orleans.

Además del duque de Orleans, encontrábanse allí presentes los señores de Foix y de Albret, los dos segundones de La Tremoille; el Mariscal de Gié, que había ido á Tours á buscar á la duquesa Ana; don María José Lobel, confesor del rey, antiguo prior de los Benedictinos de Mirande; el caballero de Tinténac, escudero de la joven duquesa, y mosén Antonio Miron, cauciller de Francia.

—Querida y muy amada señora—decía el joven rey, quien en verdad no se acordaba ya poco ni mucho de la reina de Sabá,—apostaría á que os desagradan nuestras serias discusiones. Preferiríais, sin duda, hablar de bailes, fiestas y torneos...

¡El pobre niño andaba acertado!

—Lo que agrada á mi señor es de mi agrado también—respondió con voz clara y firme la duquesa Ana.

Y en sus labios rojos, ligeramente hinchados, descubrióse un movimiento casi imperceptible de desdén.

—Mañana—replicó Carlos de Francia,—mi querida señora, haréis vuestra solemne entrada en mi ciudad de Paris. Voy á deciros qué festejos y qué ceremonias se celebrarán, si no os oponéis á ello...

—¿No sería más conveniente, señor, que, ante todo, esta ciudad de Paris fuera real y verdaderamente vuestra?—interrumpió la duquesa Ana, que no apartaba los ojos de Luis de Orleans.

Carlos VIII inclinó la cabeza, ruborizado.

—¿He de inferir de eso que mi amada señora quiere tratar con nosotros de negocios de Estado?—preguntó casi timidamente el joven monarca.

—Si vos lo queréis, señor, yo también lo quiero—respondió sin vacilar la duquesa Ana.

Luis de Orleans hizo un ademán de admiración.

Conviene decir que en el momento en que el rey Carlos había hablado de fiestas y de torneos, creyendo halagar así á su prometida, los consejeros de la Corona discutían acerca de la oportunidad de adoptar aquella medida en la madrugada del día que empezaba ya á despuntar. El canceller Miron había opinado que, ante todo, el rey convocara á los señores del Parlamento. El antiguo prior María José Lobel, obispo de Autun, respondía de la actitud del clero, con sólo darle un corto espacio para gestionar. Los dos segundones de La Tremoille y los señores de Albret y de Foix, proponían que se mandara buscar al preboste de los negociantes, que se encontraba en la Casa de la ciudad.

—Ahora os toca á vos, primo Luis—dijo el rey volviéndose hacia el duque de Orleans,—ya que esta es la voluntad de mi amada señora.

Inclinóse Luis de Orleans, dividiendo su saludo entre el rey y la duquesa Ana.

—Me atrevo á significar, señor—replicó el duque,—que no es á mí á quien corresponde hablar ahora, sino á mi señora la reina.

Cuantos se hallaban en la cámara real sobresaltáronse al oír estas últimas palabras: era la primera vez que se daba el título de reina á la duquesa de Bretaña.

Un vivo carmín enrojeció las mejillas de la hermosa joven; sus ojos brillaron de súbito, pero adquirieron una dulce expresión para enviar una mirada de reconocimiento á Luis, duque de Orleans. La princesa apoyó entrambas manos en los brazos del trono é irguióse sobre su asiento. La timidez no era, en verdad, el defecto de la duquesa.

Dirigió luego una mirada de profunda benevolencia al rey, y como Carlos VIII se inclinara sonriendo, levantó de nuevo Ana su indomable frente, que

tantas veces había hecho humillar el orgullo de los caballeros bretones, y dijo:

—He comprendido, señor, que hay en Paris dos traidores, á saber: un caballero, Olivier de Graville, que se titula conde de la Marche, y la princesa Ana de Borbón, regente de Francia por la voluntad del rey Luis XI.

Los consejeros de la Corona palidieron al oír tratar de aquella manera á la que había gobernado la monarquía por espacio de años enteros. Carlos VIII frunció las cejas; sólo el duque de Orleans estaba radiante de júbilo. Hubiérase dicho que la duquesa Ana no deseaba más que la aprobación de este último personaje, pues prosiguió diciendo con inquebrantable resolución:

—Por lo que hace á ese Olivier de Graville, opino que es del caso colgarle de las almenas de su castillo de la Marche. En cuanto á madama Ana de Beaujeu ó de Borbón...

Al llegar aquí detúvose para meditar, inclinando su cabeza pensativa. Los consejeros no se atrevieron á respirar.

—La princesa Ana es la hermana del rey—murmuró el duque de Orleans, quien llegó á verse también sobrecogido de terror.

—Es precisamente en lo que estoy pensando—repuso la duquesa de Bretaña.—A no ser por eso, no faltarían almenas en el palacio de San Pablo, lo mismo que en el castillo de la Marche.

—Mi muy amada señora—murmuró casi desvanecido Carlos VIII.

—No temáis, señor—interrumpió la joven duquesa:—ya sabremos conciliar los derechos de la Corona con los de la naturaleza. Mi parecer es el de que conviene enviar á la princesa Ana uno de los gentileshombres que se hallan aquí presentes, con la comisión de brindar á dicha señora con un arreglo

pacífico. Y he aquí cómo comprendo que ha de llevarse á cabo este negocio—continuó diciendo la duquesa de Bretaña, cuyo acento iba á cada palabra haciéndose más enérgico y persuasivo:—El que se presente á la regente le dirá: El rey, vuestro señor, os ordena reunir vuestro consejo de regencia y presentaros, junto con los señores que lo componen, en su palacio del Parlamento, en el término preciso de una hora. Item más: el rey os esperará en la sala del trono, y vos presentaréis á Su Majestad la corona de Francia puesta en un almohadón de terciopelo. Item más: en caso de no cumplimiento de lo que os comunico á vos, Ana, duquesa de Borbón, de orden del rey vuestro señor, daos por presa y disponeos á ir á la Bastilla.

Hubo un silencio lleno de estupor; pero Luis de Orleans se precipitó hacia Carlos, y exclamó besándole las manos:

—Por Dios y por la Virgen, señor, esta vez vais á ser de verdad rey de Francia, pues la Providencia os destina una reina como la que tenéis delante.

Una hora después, minuto por minuto, abriéronse las dos grandes hojas de la puerta del palacio de San Pablo, y la regente salió á pie rodeada de su consejo. Amaury de Harcourt, senescal de Francia, iba detrás de la princesa, llevando la corona cubierta sobre un almohadón de terciopelo.

Elebábase ya el sol detrás de la Bastilla, haciendo destacar sus ocho negruzcos y simétricos torreones; el pueblo empezaba á afluir en la calle de San Antonio, por cuya razón la marcha de la regente y su cortejo hubo de verificarse entre un numeroso concurso de gentes curiosas. El mariscal de Gié, que fué el encargado de comunicarle el mensaje real, ó mejor, el de la duquesa Ana, formaba también parte de la comitiva. Luis de Orleans se había excusado de llevar esta embajada, diciendo que su

sola presencia sería ya una grave contrariedad para la regente.

El cortejo de ésta cruzó el patio de honor del palacio del Parlamento, en el cual los hombres de armas se habían formado con todo orden y simetría. Cuando Ana de Borbón se presentó delante de la puerta de la cámara real, era ya tiempo de que lo verificara, porque en el interior del gabinete, Ana de Bretaña indicaba con el dedo, sin disimular su impaciencia, el cuadrante del reloj, y decía con expresión amenazadora:

—¡Hace ya cinco minutos que ha pasado la hora!

La llegada de la regente, anunciada con toda solemnidad por los hujieres del rey, serenó la frente de la joven duquesa, que se levantó para recibir á su cuñada, diciéndole con franqueza, en tanto la saludaba con toda cordialidad:

—Estoy muy contenta, señora y hermana mía, de veros llegar aquí para cumplir con vuestro deber.

Ana de Francia miró á aquella joven desconocida, que la llamaba su hermana y que se atrevía á hablar delante del rey. No tuvo, sin embargo, necesidad de preguntar su nombre, pues había oído hablar de la hija de Francisco de Bretaña.

Inclinóse resignada: había concluido su reinado. Quizá durante su vida tuvo alguna vez la idea de proclamarse soberana, y no falta quien supone que la ambición entró por mucho en los pasos aventurados que dió por desposarse con Luis de Orleans, en quien recaía el derecho legítimo á la Corona, en el caso de morir sin hijos varones el joven Carlos VIII. Pero como saben nuestros lectores, todas sus tentativas fueron rechazadas, y siempre le faltó la audacia y tal vez la fuerza para dar un golpe de Estado. Ahora se presentaba á resignar sus poderes con bastante modestia y humildad.

—Nadie me había anunciado la llegada de mi se-

ñora hermana—dijo alargando su mano á la duquesa de Bretaña,—y me felicito de encontrarla más bella y más discreta aún de lo que pregona la fama.

—Señor—añadió en seguida dirigiéndose al rey,—he aquí la corona que nuestro padre Luis dejó en depósito entre mis manos.

El senescal de Harcourt presentó entonces el almohadón que contenía la insignia real. La señora regente, en tanto, hincó una rodilla en tierra delante del rey.

—Señor—dijo mientras Carlos tomaba la corona de manos de Dom Lobel,—que vuestro reinado sea tan feliz y glorioso como mi corazón desea.

—Gracias, señora y hermana mía—respondió Carlos, poniéndose la corona en la cabeza.

Y su mirada dirigióse hacia su joven prometida, como para decirle: vos sois desde ahora mi consejo; ¿qué hay que hacer en estos críticos momentos?

Ana de Bretaña no desperdió la ocasión.

—Ya que todo va de bien en mejor—dijo,—empiezo por dar gracias á Dios por este beneficio. Ahora es preciso que la señora regente monte á caballo, á fin de acompañar al rey, que va á presentarse al pueblo de su leal ciudad de París.

—¡Milagro, milagro!—pensaba el duque de Orleans:—he aquí á una joven capaz de jugar con el cetro lo mismo que nosotros con la baraja. ¡A caballo, señores!—añadió en alta voz.—Cada palabra de la reina es como una antorcha que disipa nuestras tinieblas.

Ana de Bretaña hizo un ademán de impaciencia, pues era poco aficionada á las frases huecas. Esta fué la primera vez que le disgustó el arrogante duque de Orleans.

—No se trata aquí de antorchas ni de tinieblas, primo mío—replicó secamente,—sino de batir el cobre mientras está caliente.

—Si esa hubiera sido hija de mi padre—pensaba la regente Ana, con disimulado despecho,—creo que, á pesar de la ley salica, el cetro de Francia hubiera podido caer fácilmente en manos de una hembra.

Tal vez sí; pero esa hembra habría sido una mujer de oro.

II

LOS CABALLOS DEL REY

Los rayos del sol chocaban y se descomponían en los cristales de la espaciosa galería que se prolongaba al oeste del patio de honor; oíanse los gritos tumultuosos de la multitud que se agitaba en la calle, previendo que aquella jornada debía ser fértil en aventuras.

Los caballos piafaban arrogantemente en los patios y caballerizas, y preparábanse con gran solemnidad y aparato las cabalgaduras destinadas á las reales personas.

La noche que acababa de transcurrir había sido aprovechada mejor que muchos días; gracias al celo desplegado por el duque de Orleans, habían llegado muchas compañías procedentes de los cantones y ciudades inmediatas; los señores del antiguo partido de Armagnac, levantando todos á una sus banderas, habían acudido al llamamiento de su jefe; podía apostarse mil contra uno á que la revolución que se anunciaba iba á ser, como de costumbre, el triunfo de una facción. El joven soberano no pesaba, en verdad, mucho en la balanza de la política; era el partido de Orleans el que iba á suceder al partido de Borbón, y he aquí todo. Los que pensaban así no se hacían cargo de que acababa de ingerirse en la corte de Francia un nuevo ele-

mento; es decir, no se acordaban para nada de la joven traída por el mariscal de Gié del país de Bretaña.

Desde el momento en que la duquesa Ana hubo cruzado el Loire; desde el día en que el escudo de armiño se confundió con los blasones de los reyes de Francia, quedó iniciada una nueva era para la nación y para la monarquía: era á semejanza de una sangre joven que venía á inocularse en las venas de una dinastía valetudinaria; ya no debía tratarse más de Beaujeu, ni de Armagnac, ni de Orleans, ni de Borgofia. Desde la hora en que Ana de Bretaña se presentó á ocupar la mitad del trono, ya no se habló más que del trono.

Aquella noche Luis de Orleans había trabajado por ella, y si lo hubiera sabido de antemano, hubiera trabajado aún con mayor ahinco. Toda la parte septentrional de París había sido arrebatada á las tropas de Gravelle, y desde las doce de la noche el Louvre quedó ocupado por los soldados de Orleans, de suerte que el rey era dueño ya del recinto desde la torre de Billy, detrás de la isla de Louviers, hasta la Torre de madera, más allá de Santo Tomás del Louvre. Poseía además la isla de la Cité, el Parlamento y el recinto del mediodía hasta la torre de San Jaime.

Gravelle y sus partidarios, abandonados por la señora regente, quedaban reducidos al pequeño espacio de la ciudad que se extiende de la calle de la Harpe hasta la torre de Nesle; sus soldados se habían atrincherado en el castillo de la Marche y en los mismos muros de la abadía de San Germán de los Prados.

No era su entrada solemne en la capital de Francia lo que proyectaba hacer aquel día la joven reina. La primera vez que iba á cabalgar por las calles de París pretendía guardar el mayor incógnito,

á fin de observar mejor y ser menos observada. Todo el efecto de aquella excursión estribaba en la presencia de la regente, marchando al lado del rey, y Luis de Orleans anduvo acertado al admirar esta idea, porque si Graville conservaba algún poder, lo debía á la opinión abrazada por mucha parte del público, de que la regente le sostendría hasta el último trance.

Al salir del patio de honor del palacio del Parlamento, la cabalgata bajó por la calle de San Antonio, á fin de penetrar en el cuartel del mercado ó de las Halles. Los dos segundones de La Tremoille abrían la marcha á la cabeza de los sargentos de armas y maceros de la guardia. Venía luego el rey, sin escolta de señores, llevando á su lado á la señora regente, quien, según la etiqueta, llevaba su palafren al mismo paso del corcel de su hermano, pero una cabeza de caballo más atrás.

Los duques y pares que se hallaban en París, don María José Lobel, que era sin duda el más poderoso de todos, después de la reina; el consejo de la regencia, el canciller, el gran senescal y los principales vasallos de la Corona, iban sucesivamente marchando unos en pos de otros, según su rango y categoría. Detrás de todos venían Luis, duque de Orleans, y Ana de Bretaña.

Al final seguía una inmensa multitud de hombres de guerra, conducidos por sus respectivos capitanes y llevando sus lanzas adornadas con alegres banderolas, símbolo anticipado del triunfo que esperaban conseguir.

—Primo mío—decía Ana de Bretaña al duque,— ¡muy desacertado anduvisteis al acompañar al rey á aquella indigna mascarada!

Luis de Orleans estaba dispuesto á referirle, á su instancia, cuanto había acaecido la noche anterior en los jardines del rey Salomón.

—El rey lo quiso, señora,—respondió á la observación de la joven reina.

Esta reflexionó un instante, y dijo luego con voz muy acentuada:

—Así, es diferente, primo; lo que el rey quiere es preciso que se haga.

El duque de Orleans reanudó su interrumpido relato, y cuando llegaba al momento crítico en que Thibaut de Ferrières consiguió cortar al rey, separándole de los once caballeros negros, prodújose un movimiento tumultuoso é instantáneo en la línea de espectadores que bordeaba la calle de San Antonio.

—Entonces desenvainé, señora—decía el duque de Orleans,—y empecé á gritar con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡Es el rey! ¡Salvad al rey!

—¡Por el nombre de Dios, Monseñor!—gritaba en este momento una voz entre la muchedumbre,—¿no salvaréis ahora, á su vez, al que salvó al rey?

El duque Luis y Ana de Bretaña detuvieron al mismo tiempo sus caballos.

El duque lanzó una mirada de sorpresa hacia el lugar de donde había partido aquel apóstrofe; era un recodo de la calle de Geoffroy Lasnier. La multitud interceptaba por completo esta calle, en medio de la cual veíase á un hombre de armas, con los colores de Graville, que se defendía bravamente de los terribles ataques del populacho.

—¡Es un bandido de la Marchel!—decían todos al centinela que estaba allí apostado para custodiar la marcha del rey.

Y los golpes y garrotazos llovían sobre la caperuza, felizmente forrada de hierro, y sobre el jubón de cuero del hombre de armas. A duras penas había éste conseguido tirar de su espada; pero no podía utilizarse de ella, por verse envuelto y casi sumergido en aquella oleada popular.

—¿Qué quieres de mí?—preguntó Luis de Orleans

volviendo la cabeza de su caballo hacia la calle de Geoffroy Lasnier.

El hombre de armas acababa de obtener un pequeño respiro picando con la punta de su acero las nalgas de dos ó tres truhanes.

—Monseñor—respondió el soldado,—haced que me libren paso. Soy Jerónimo Ripail, antiguo soldado de Armagnac, y vos me habéis tenido muy cerca en la jornada de Auxonne.

—¿Jerónimo Ripail?—repitió el de Orleans.—Páreceme recordar este nombre. ¡Haya paz, buenas gentes, y haced sitio!

Abrióse la apiñada multitud. Al propio tiempo verificábase una evolución en el cortejo real, motivada por la presencia del rey y de su hermana, que retrocedieron para ver lo que ocurría en la bocacalle en que pasaba la escena que estamos refiriendo.

—¡Guárdeos el cielo, monseñor!—exclamó alegremente Jerónimo así que se vió libre.

Y luego, fijando sus atrevidos ojos en la duquesa Ana, añadió:

—Ignoraba que hubiérais tomado esposa.

Ana de Bretaña se ruborizó por segunda vez y arrió su palafren al lado de Carlos VIII, que acababa de llegar.

—¿Qué me decías, poco ha, del que salvó la vida al rey?—preguntó el duque de Orleans.

El traje de Ripail estaba bastante desordenado, y todas las prendas de que se componía sucias de polvo y sangre; así es que el duque Luis le examinaba con bastante desconfianza.

—Por lo que hace á eso—murmuró Jerónimo respondiendo á esta sospecha, que no llegó á ser expresada,—os diré que no iba más elegante ni más limpio delante de Auxonne, cuando aquel tunante borgoñón puso la daga en vuestro cuello, monseñor.

—¡Santo Dios!—exclamó el duque.—¡Ahora me acuerdo!

Pero Jerónimo le interrumpió con llaneza, diciendo:

—¡Enhorabuena! No es eso lo que hace al caso, pues no vengo á hablaros, monseñor, de aquella vieja historia. Si os acordáis de tan lejos, no os habréis olvidado de la noche de anteayer, en que disteis un abrazo á un mocito que acababa de poner brava y generosamente su pecho delante del rey.

Carlos VIII estaba muy cerca de allí con la señora regente, que silenciosa y sombría presenciaba y tomaba parte en la fiesta como si todas las cosas le hubieran sido indiferentes. El recuerdo del peligro á que había estado expuesto, hacía palidecer la frente del rey; Ana de Bretaña, que se mantenía detrás de él, escuchaba y miraba.

—¡Un bello y arrogante joven, á fe mía!—exclamó Luis de Orleans.—Talle y facciones de príncipe... ¿no es verdad, señor?

Dirigíase á Carlos de Francia; pero éste limitóse á hacer un signo afirmativo y bajó los ojos.

—Buen hombre—dijo Luis de Orleans, poniendo una mano en el hombro de Jerónimo y bajando la voz:—dije ya á ese caballero que si por ventura el rey llegara á olvidarle yo tendría memoria por los dos.

—Vos, Monseñor—murmuró Ripail,—sois todo un caballero.

Las cejas de la joven Ana de Bretaña frunciéronse con violencia. Cuando daba esta expresión á su semblante, la duquesa era temible.

—Sí—pensó tal vez;—ese es un caballero... pero el otro, ¿qué es?

—Si el joven está en peligro—prosiguió el duque Luis,—dime su nombre, y por mi fe de cristiano haré cuanto pueda por salvarle.

Jerónimo tardó unos momentos en responder; es tuvo recogido en sí mismo y como meditando; la so- lemnidad del acto le revestía de una especie de dig- nidad desconocida para él.

—Se llama ¡Juan de Armagnac!—exclamó, en fin, con voz lenta y grave.

Al oír este nombre, levantóse un gran murmullo entre los grandes vasallos de la Corona y los caba- lleros del séquito. La regente se estremeció. El jo- ven rey levantó la cabeza sorprendido, en tanto que el duque Luis soltaba la brida de su caballo para juntar entrambas manos con todas las mues- tras de la más profunda emoción.

—¡Juan de Armagnac! Nadie puede llevar este nombre sino el hijo de mi primo Jaime, conde de la Marche y duque de Nemours, el cual fué traidora- mente decapitado mientras yo vivía en el destierro.

—Aquél de quien yo hablo—replicó Ripail,—es el hijo de vuestro primo Jaime y de la duquesa Isa- bel... Pero si deseáis verle un día conde de la Mar- che y duque de Nemours, como su padre, daos pri- sa, monseñor, porque está en inminente peligro de perder la vida.

—¿Entre las manos de Graville, tal vez?—pre- guntó el duque palideciendo.

—Entre las manos de Graville—repitió el soldado Jerónimo.

El duque de Orleans se dirigió al rey.

—Señor—le dijo respetuosamente,—ruégoos ten- gáis por conveniente que lleve conmigo algunas de vuestras lanzas, para arrebatar de las garras de ese asqueroso demonio á la flor de la nobleza de Francia, nuestro común pariente, señor; al hijo del más ilustre caballero que he conocido en mi vida: al hijo de Jaime de Armagnac, duque de Nemours.

El rey guardó silencio, y la regente tuvo espacio para decirle al oído algunas palabras.

—Fué mi honorable padre Luis de Francia—tar- tamudeó el niño coronado,—quien sometió al Par- lamento la conducta desleal y traidora de Jaime de Armagnac.

—De esta suerte—exclamó Orleans, en cuyo ros- tro empezaba á centellear la cólera,—reunid tam- bién vuestro Parlamento á fin de que me juzgue, señor, porque todo lo que hizo Nemours, mi herma- no y amigo, lo hice yo también.

Carlos estaba ya temblando; la regente bajaba los ojos despavoridos y acobardados. Adelantóse Ana de Bretaña con la cabeza erguida y colocóse entre el rey y el duque.

—Primo Luis—dijo,—el rey quiere que toméis cien lanzas de sus compañías y que hagáis lo que vuestro corazón os dicte. Salvad á Juan de Arma- gnac, primo, no porque sea hijo de su padre, que fué un rebelde...

El duque levantó la cabeza con altivez; Ana de Bretaña repitió inflexiblemente:

—*El cual fué un rebelde...* sino porque Juan de Armagnac protegió la vida del rey nuestro señor.

El duque abrió la boca para responder, tal vez con exaltación; encontróse su mirada con la de la duquesa; disipóse la severidad del semblante de ésta, y lució en sus labios una sonrisa casi impercep- tible. Inclínóse Luis de Orleans y besó su mano. Mu- chos anduvieron buscando la causa de esa inopina- da capitulación, pues no cabe duda de que la du- quesa había llevado á mal traer á Luis de Orleans.

Cuando éste se incorporó de nuevo, gritó:

—¡A mí las lanzas de Champaña!

Cien hombres de armas, á cuya cabeza marcha- ba el menor de los segundones de La Tremoille, acudieron á su llamamiento.

—¿Dónde está mi joven primo Juan de Arma- gnac?—preguntó el duque á Jerónimo Ripail.

—¡Ay, Monseñor!—respondió el soldado,—¡Dios lo sabe! Lo que podemos hacer es tomar por asalto la ciudadela de Gravelle, y ver de encontrar allí al que buscamos.

Orleans movió lentamente la cabeza con aire indeciso; luego saludó al rey y la reina, puso piernas á su corcel y partió á galope por la calle de Geofroy Lasnier. Jerónimo Ripail, que halló medio de hacerse con un caballo, le seguía de todo corazón, y vióse luego que las cien lanzas de Champaña, dirigidas por el más joven de La Tremoille, corrían á todo escape por la ribera derecha del Sena.

El cortejo real reanudó su marcha lentamente, siguiendo el paso de los trompeteros que tocaban al frente de la comitiva; la duquesa de Bretaña, que iba ahora sola y pensativa, decía en su interior:

—¡Si el otro fuera el rey!

III

JUAN MORENO

Nos es preciso retroceder algunas horas y volver al sitio en que dió comienzo nuestro relato.

La noche estaba aún cerrada y sombría, y en derredor del castillo de la Marche reinaba un silencio sepulcral. A lo largo del canal denominado Pequeño Sena, y en las cercanías del Prado de los Clérigos, á cosa de trescientos ó cuatrocientos pasos de las murallas, velanse lucir dispersas algunas fogatas medio apagadas; cuatro ó cinco compañías de hombres de armas, que no habían podido alojarse en el castillo, vivaqueaban por aquellos contornos. Otros fuegos brillaban también en el cercado de Bruneau, entre San Sulpicio y la puerta de San Germán. Era éste el campamento de los soldados y aventureros

de Gravelle, que aquella misma noche habían sido arrojados de sus posiciones del norte de París.

Notábase gran desaliento entre estas tropas ya vencidas: soldados y jefes, extenuados de cansancio, dormían profundamente; los que pudieron resistir los atractivos del sueño, conversaban en voz baja en torno de las fogatas casi apagadas, y decíanse con acento significativo que no habían visto á Gravelle en el lugar del combate.

Muchos habían intentado penetrar en el figón del tío Amapola, para beberse los últimos restos de su menguada bolsa y ver de recobrar así un poco de ardimiento; pero el figón del tío Amapola estaba herméticamente cerrado y guarnecido como una fortaleza: según se decía, hallábanse en su interior prisioneros y enfermos; pero todo el mundo ignoraba el nombre de los primeros. Los amigos de contar noticias, afirmaban que el tío Amapola había cedido su cama al capitán Vincencio Tarchino, que acababa de perder un brazo en la batalla.

¿En qué batalla? Este era el misterio, porque Vincencio Tarchino no se había presentado tampoco en ninguna parte á oponerse al paso de las tropas del duque de Orleans.

¡Qué lejos parecía estar ya la gran fiesta del día anterior! Hubiérase dicho que había transcurrido más de un siglo desde que se presenciaron aquellas magnificencias. No faltaba, sin embargo, quien sostuviera que Gravelle había prolongado la mascarada hasta la noche sangrienta que estaba expirando, llegando á suponerse que su ausencia era debida á una frívola aventura.

La hermosa entre las hermosas, Blanca de Armagnac, se había fugado. Según unos, no había vuelto á aparecer, y según otros, hallábase en aquel momento cautiva en el mesón del tío Amapola.

Pero todo eso, en definitiva, importaba poca cosa;